

FIGARO.

PERIÓDICO ESPECIAL.

Se publica cuatro veces al mes.—Precios de suscripcion: En Búrgos, real y medio; en provincias, dos reales, pago adelantado. Números sueltos diez céntos.—Habana y extranjero una peseta.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Imprenta de la Sra. viuda de Villanueva, Plaza Mayor 2, y en la Lotería del Sr. Hernando, paseo del Espolon. Anuncios y preguntas á precios económicos.

Marzo 21.

REDACCION Y ADMINISTRACION; LAIN-CALVO 20, 2.º

Núm. 52.

EL INGENIOSO HIDALGO D. QUIJOTE DE LA MANCHA.

TERCERA PARTE

escrita por El Bachiller Avellanado.

CAPÍTULO XXIII.

En el que se ve como hay diversas clases de escuderos en la Orden de la Andante Caballería.

—En fin, echados pelitos á la mar, prosiguió el del bosque, quedé concertado en labrar hasta dos docenas de cucharas y otros tantos tenedores, sin contar cucharones, amén de unas zampoñas y zambombas que en las Natividades sirviesen de alegría y de contento.

—Y véase aquí, dijo Sancho, lo que es hallarse buen oficio, y donde menos se piensa surte la cosecha, y como de humildes trastos salen las mas verdaderas armonías. Ni su merced habrá dado al olvido hacer rabeles.

—No en verdad, dijo el del bosque; cuanto mas que ya no hube necesidad de guardar ganados, ni de salir del palacio de mi señora Baronesa, amable además y muy amante persona de todo arte é industria, que recibía gran placer en notar la ingeniosa mi labor á toda hora. Y vea su merced ahora que es lo que contengan estas pecadoras.

—Y mostró empanadillas, y carnes y frutos conservados y embutidos, y botellas y botes varios.

—No anteponga el compadre suceso alguno á su relacion, dijo Sancho, que de esos encerrados prisioneros soy yo alcaide.

—Y verá presto lo que es bueno, dijo el Guarda, pues de los muy señoriales estrados lo mejor es lo que sale y baja á campo raso.

—Sirgos y terciopelos, dijo Sancho, son apolillados unos y polvorientos otros ó por alhacenados ó por bailados hartos; y para airear ropas los campos.

—Fué entonces su merced maestra-sala, dijo el del bosque.

—No fuí sino sanamente alojado en

palacio de duques, dijo Sancho, y así supe (por Doña Rodriguez) de mi señora la Duquesa, como su excelencia, con ser tal gallarda persona, hubo siempre menester la manifiatura con tinua de fontículos desaguederos.

—Y todo fué en su órden y en su punto, prosiguió el del bosque, hasta que la Señora hubo de buscarse un amanuense. pues yo no sé de letras, porque el compadre salga de cuidados y de dudas.

—Hablará su merced, dijo Sancho, de letras que se enseñen en públicas escuelas.

—Claro está ello, dijo el Guarda.

—No lo es tanto como al compadre se le figura, dijo Sancho; y procure su merced hacer cuanto fuere de su parte porque no le pongan comentarios. Gentes hay, Señor, que por no entretenerse en hacer un libro se emplean y divierten en poner colas á libros de otros autores como pegas de las Carnestolendas, las cuales pueden ser tan largas y sentidas, que deba su merced estudiar las obras si ha de entender sus comentarios; y es leccion del mi amo.

—El diablo es su merced, exclamó el del bosque, y aun diablo amanuense.

—Pobre diablo ha de ser ese, dijo Sancho; que diablo sin dineros es tullido.

—Conque desde la llegada del amanuense á la Corte no pareció, compadre, sino que todos cuidados y quehaceres cayeron de sopetón sobre mi Señora Baronesa, pues las mas de sus horas pasábase en el escritorio con el muchacho, que era verdadera y grande lástima, arreglando cuentas de palacio.

—Sí es trabajo grave el bienllevar cuentas, dijo Sancho. Y del Señor Barón, ¿qué añade el buen compadre?

—Era de continuo enfermo de melindre, dijo el Guarda.

—Ascos de guisados de revesados condimentos serian ellos, dijo Sancho, que es mal de gentes regaladas.

—No sé de eso, dijo el del bosque:

mas entendí como los médicos rece-taronle distracciones paseadas.

—¡Bravo remedio! exclamó Sancho; ni hay carcoma tal como los quebraderos de cabeza; y sobre negro no hay tintura; y dos amigos de una bolsa, el uno canta y el otro llora; y de monte ó de rio oras cargado y oras vacío.

—Solo podré decir á su merced, prosiguió el Guarda, de los adelantamientos del amanuense, mozo apuesto y galan que parecia hidalgo caballero. Y por causa de la Señora Baronesa entraba él en los mas encumbrados estrados cortesanos, en compañía de muchos personajes con uniformes ya de órdenes distinguidas y relumbrantes.

—¡Reventára el compadre de una vez! exclamó Sancho; pues si hubiese comenzado por mostrar al muchacho andante caballero, ahorrára de palabras y comentarios. Y ya entiendo como su merced se hizo escudero, y no terminó el buen hombre su obra de las cucharas.

—No sinó Guarda-bosque y de jardines, dijo el rústico, y así supe de sucesos dignos del mismo templo de la Fama. Y si nó decirme ha su merced si es ó nó deleitable cuadro el que á la tibia luz de magestuosa Luna pintan dos amantes que añudados de brazos pasean laberintos de pensiles en apacible noche solitarios. ¡Y aparecen á veces al pié de las estátuas de mármoles cual nieve sobre los basamentos apoyados! Que no hay belleza tal cual la de los cabellos rubios que rizados descienden y descompuestos y abundosos inundan un rostro nacarino de azules sensibles ojos, por no haber un recurso á contener las hebras delicadas dentro de los mas ámplios límites por la naturaleza demarcados. Y esto al rumor de los cercanos hilos de las aguas plateadas de la copiosa fuente y al compás de los ayes armoniosos eco de enamorados corazones. Y ya desaparece el grupo misterioso entre el alado rústico ramaje, ó tras el frondoso y recalado muro de flores perfumadas, ya en la gasa y tul de la distancia como por la bordada galería de lucientes gradas esmaltadas y balaus-

tres dorados orlados de guirnalda hondeantes.

—Téngase un tantico el compadre, dijo Sancho, y espéreme que vuelvo.

—A dónde vá, pues, el escudero? dijo el del bosque.

—A arriscarme voy, dijo Sancho, por ese vericuetto, por ver así de alcanzar alguna de las sotíles y almidonadas cantinelas que su merced ha encajado; y aún lo dudo. ¡Pues digo del gran bellaco y relamido y cual del cuero le salen las correas!

—Estas mis palabras agora pronunciadas no son mias, dijo el Guarda, sino entresacadas al acaso de ciertos agradables romances de la Señora Baronesa.

—Vuelto há su merced el alma al mi cuerpo, dijo Sancho, y vayamos andando como se pudiere el mal camino.

—Conque pasado cierto tiempo, prosiguió el del bosque, fué mi sentir como debía yo volver á mi primitiva ocupacion de cuidar estos montes y praderías; sobre todo en cuanto noté bien como la salud del amanuense iba minorando.

—Eso debió ser por causa de malas noches y peores dias del muchacho, dijo Sancho, y por sobrados quehaceres.

—Achacáronlo á nérvios alborotados, añadió el Guarda, pues el jóven era muy estimado en todas partes por su gentileza y hermosura. Ni conociérame ya la madre que le dió á luz del mundo, ni creyera cuanto era el andar del chico para haber de cumplir tantos y tales sus compromisos y atenciones; y esto sin hacer cuenta de fantasmas.

—Si que á buena parte viene su merced con ese cuento, dijo Sancho, ni faltarian mamonas ni alfilerazos.

—Asentáronle mal yantares y bebidas, y este es mi juzgar, salvos mas acertados pareceres; que en toda verdad ni tal causa imaginaron cuantos pensaron de este caso. Porque ha de saber el buen escudero como mi esposa yantó y bebió de lo que servia al amanuense.

—¡Oxte! exclamó Sancho, y como el Señor Guarda es entendida y meditadora persona.

—Sobre que érase una cierta noche de calor mucho en que el ventanage conviene mantener entreabierto, (sobre todo si él dá á jardines) por haber buen aire en las viviendas, segun reglas de verdadera ciencia y arte.

—No hay duda en ello, dijo Sancho;

y Dios me dé estrados ventilados, que es lo conveniente.

—Y el jóven, caballero ya de órdenes varias, yacía en el silencio de su cobíl pálido cual indigesto. Y era una lámpara colgada al centro del aposento tal como herida de piedra en estanque manso de escasas aguas, pues así como en éstas hacía sus redondeles la mústia y movediza luz, que no parecia sinó chinita arrojada al estanque de aquella quieta atmósfera. Y en altas horas de la noche hubo de entrar en la misteriosa estancia una señora, muy cuidadosa del señorito, á saber de la salud del enfermo, que es obra de caridad muy estimable. Y esto, sepa su merced, tenia su gran razon y fundamento, pues que cierto vulgo, de suyo malicioso y curioso mucho, llevaba ya muy en su cuenta los acontecimientos de la casa del Señor Barón en la que las gentes á la fuerza de obsequios tantos parecia que le ensimismaban y entumecían. Dormía por acaso y á la sazón el Señorito, mas su merced sabe sobradamente como hay sueños de sueños, algunos de los cuales tienen bastante con el vuelo de una mosca para espantarse y para huirse cual relámpago; lo cual sin duda bien conocido por su excelencia, tuvo élla á bien el asentarse junto á la cabecera de la cama, desde la cual primero comenzó á hablar dulcísimas palabras, y luego á cantar en tan delicado acento melancólicas canciones que no parecian sinó ecos de la otra vida.

El señorito apenas movió sus ojos, pero aunque los moviera fuera lo mismo, puesto que entre éellos y la mesilla de servicio inmediato hallábase la señora, la cual por sus propias manos de purísimo blanco alabastro quiso servir la medicina al señorito, de la que es de saberse como no pudo ser bebida sinó tomada á cucharadas. Y la cuchara de madera llevaba prevenida la señora, pues los cubiertos de plata mortifican y dañan dientes cerrados á causa de contracciones que producen las enfermedades de nérvios que se salen del su quicio.

Y los calores del estío se aumentaban demasiado para el paciente en razon de lo cual juzgó la señora que debía el amanuense volver á su aldea á respirar los sus natales áires. Y vea aquí su merced otra vez en su pueblo al jóven Mauricio.

—¡Para mi santiguada, exclamó Sancho, y es ese Mauricio el que dicen vuelto del servicio de las armas!

—¿Conócele su merced, por ventura, dijo el del bosque?

—¡Y tal si le conozco! contestó Sancho ¡y en verdad que ahora es el darme yo la razon del su alto lenguaje y sentimiento!

—Cuente su merced entonces, dijo el Guarda, como aprendió la historia completa de las cucharas de palo.

Pálido quedóse Sancho al escuchar las palabras del Guarda-bosque, y solo hubo en su admiracion y espanto aliento para proferir estas mal pronunciadas frases.

¿Y su merced, señor, que se hace en este caso?

—Como hombre de los campos, dijo el Guarda, entiendo de maderas y sé lo que sean las americanas, de las cuales hácese cubiertos finos de mesa, que sirven veces pocas á los que los usaren. Y pocas bastan.

—¿Y qué remedio acetó su merced para curarse? preguntó Sancho intencionado.

Impuse la pena misma de las cucharas de palo al que se hizo delincuente; y en cuanto al modo aceté el de la naturaleza, pues repito á su merced como me crié en el campo.

—¿Que no comprendo al compadre! dijo Sancho.

¿Dígame pues el buen escudero si el hombre es ó no sentenciado á muerte desde su primer instante? Y vea el compadre como natural es la pena de muerte contra enormes delitos, y note bien como todo desencadenado vicio la impone del mismo modo, pues acaba pronto ó tarde con el vicioso. Mas como el instante de la muerte sea ignorado, de ínterin tengo impuesta al culpado la cadena perpétua.

—Y entender há agora su merced como pasado há largo tiempo en esta plática, dijo Sancho.

—Bien está en su casa el hombre á toda hora, dijo el del bosque.

—¿Es pues propiedad de su merced todo este contorno? preguntó Sancho.

—No mas que por antojo, dijo el del bosque, pero en el dia él me place; y bien pudo observar el buen escudero como apesar de la gran festividad de montería que hoy celebrá mi señora la Baronesa ningun caballero por este bosque ha aparecido; y es que impuse coto.

—¿Su merced, exclamó Sancho, impuso veto y veda?

—Es todo, dijo el Guarda, mi andar falto de sueño; víneme aquí á acostar al pié de un fresno y no gusto de ruidos en mi siesta; mas su merced

se apareció y comenzó la plática que me ha sido descanso deleitable.

—Duerma pues su merced cuanto gustare, contestó Sancho, mientras averiguo yo lo que haya sido de Don Quijote de la Mancha.

Fuese Sancho confuso y espantado en busca de su amo.

Y el de la Triste Figura despues de haber estado por espacio de largo tiempo esperando á su escudero y no apareciendo Sancho por parte alguna del monte ó del recuesto, dióse á pensamientos levantados de su señora Dulcinea, segun se vió despues en las tiernas cortezas de los árboles, que ayes amorosos infinitos escritos contenian. Llegó despues á oídos del caballero triste y oscuro son de prolongados quejidos, los cuales manifestaban dolores y crueles penas de algun necesitado y mal ferido; con lo que Don Quijote haciendo de ellos y por ellos su norte y su camino, comenzó su presta y firme marcha hasta dar con la causa de aquellos lloros y llantos tales que hicieran quebrar las mas aceradas entrañas de la roca. Eran ellos de una así delicada cual descompuesta hermosura que yacia casi exánime sobre la verde alfombra de lo mas recóndito y salvaje de la selva silenciosa.

—¿Dó vos ahora, señora, exclamó Don Quijote, con esa bebida vil que va á abrasaros al punto las entrañas?

—Y con esto arrojó lejos el pomo que la dama habia entre sus manos.

Sorprendiose la señora no menos de la estampa que de la repentina aparicion del que juzgó fantasma de los bosques, y medrosa, bañados en lágrimas sus tan angustiados cual hermosos ojos, dijo:

—Quiér que seais, señor, ó vision ó realidad, ó sino fatal mio, ó dedo y mano misteriosos del recóndito destino de mi mísera existencia; ya me señale víctima precisa ó ya propicia venga á ser amparo de mi implacable suerte y mis interminables desventuras doleos de mi llanto.

—Visiones son, no hay dudar, en vuestros dias, respondió Don Quijote caballeros andantes de los míos, mas detenéd las lágrimas sin tasa que manan vuestros párpados, señora, que van ya en demasía.

—No sabeis señor, como angustiada y sola yacia yo casi exánime por este para mi piadoso suelo, pues fué mi solo amparo en este mundo, cuando advertí frio glaciál en sienes entrambas, que, dándome la vida, á su mismo compás me la iba helando. Mi

tormentoso cual atormentado y tenáz sueño apenas dejado habia resto de luz á mis hundidos ojos, mas entre la gris tiniebla aún pude dibujar la mas negra y pavorosa de una como humana figura que diabólica me contemplaba y en su sarcasmo infernal se sonreía.

—¿Supísteis del su nombre? preguntó azorado D. Quijote.

—Blackét oí que le decian los fantasmas lejanos de su acompañamiento contestó la señora en su sobresalto; y dióme por mi remedió lo que vos habeis arrancado de mi manos.

—Nada sé, señora, de tal nombre, añadió Don Quijote; mas siento cuanto de su son pueda esperarse. Y recobraos agora y asentád muellemente sobre el césped.

—No sabeis vos, dijo la señora en voz doliente, cuan necesitada aún soy de mi propio nombre; y de vos, señor, espero mi buena compañía por no se que presentimiento profundo y noble de mi alma.

—¿Cuál vuestro nombre es? preguntó Don Quijote.

—Digéronme Amparo en la pila, señor, con razon harta.

—¿Y dó por estos caminos así vais desamparada? añadió Don Quijote.

—Voy tras un mi hijo, dijo Amparo, que así es su huír de mí y perseguirme cual sombra del mi cuerpo.

—Hubiéraisle mas breve y seguramente por medio de las leyes, insistió asombrado Don Quijote.

—No han los sentimientos otras leyes ni imperio que aquel de la conciencia, exclamó la señora, é impotentes son leyes humanas al juzgar de sentimientos. Mas ellos han su tribunal y su juez inexorable en la conciencia misma, que no hay echar fuera de sí en manera alguna. Yo tan solamente sé y puedo sentir de ese mi hijo, bello, señor caballero, cual el azufrado fuego y grieta del cielo tormentoso que dicen el relámpago, cual el devorador ojo del águila y el estertor y el rio de fuego que rugen ruedan monte abajo los volcanes.

—Reportáos, Señora, y volved en vos por seros necesario, interrumpió Don Quijote.

—En mi mas tranquila situacion no fueran mas naturales mis tales palabras, dijo Amparo; pues bien debeis saber cuán negros son antros de profundas cavernas y horrorosos por no alcanzar jamás á ellos la bienhechora luz del día.

Ni han flores ni frutos, ni mas que su hedionda atmósfera irrespirable.

Antros son corazones de abandona los hijos, semillas en cavernas perdidas son semillas!

Y entendeis tambien, señor Caballero, como todo en el mundo ha su medida y su coto; ni hay hacerse sordo á voces de los tiempos ni haber en el olvido la voz de los deberes. Que son así los dias de la vida de las gentes cual dias de los bosques unos de aparible y dulce calma, otros en que desgájanse y estrellan los mas robustos robles de las cumbres; pues, ¡ay de las invariables serenidades!

Y en uno de esos dias, fecundos en latidos del triste corazon de nuestro pecho, yo partí repentina y osada á la Corte, sola cual hirviendo en esperanzas. Por desusadas calles llegué al cabo al asilo dó procuran los hombres con todos sus esfuerzos, suplir el corazon fiero del hombre. Y fué en vano querer saber de los usos y ordenanzas del asilo el paradero de mi pobre desamparado hijo.

Mirábanme y contemplaban curiosos los jefes de la casa, algunos sonreian, todos en su silencio aun osados murmuraban. Mas no transcurrido largo espacio una mujer de toca y blanco velo revestida me tomó de la mano y pudo así conducirme á su aposento escaso. Delicioso perfume vino á sostener al punto mis vacilantes pasos y dar vida á la mia necesitada harto de un aliento. Ni el aroma era de flores ni de esencias preciadas sinó fragante y célica pureza.

¿Dónde mis pobres hijos? pregunté ansiosa.

—Criáronlos fuera del asilo, respondió la madre, pues no pudo la casa; y bien presumo ya cuales ser debieron los niños que anhela la señora doblemente ¡qué eran hermosos mucho y de ella los retratos!

—¿Y despues, madre, que ha sido de ellos?

—Los recobró su padre, señora mia.

—¿Su padre? es imposible, no hay imaginarlo.

Mostró entonces la madre sus libros particulares en que leíanse la entrega como el recibo de entrambas criaturas; este llevaba una firma que leer bien jamás me ha sido posible; védla vos ahora, Señor Caballero.

—No hayais así impaciencia, respondió Don Quijote.

—Vos la leisteis ya, ni disimuleis vuestro asombro, dijo pálida y temblorosa la señora ¡sin duda á mi está vedado!

Alcanzó al punto Don Quijote, todo el dolor de una madre y tuvo en

su silencio, mas la firma decia Blackét.

—Solo á vos he preguntado de este asunto que el rubor en su silencio oculto y tenebroso envolvía. El rubor debe ser la lápida con su inscripcion de una tumba que erige en la conciencia la justicia.

Oyéronse en este mismo instante desesperadas voces y frecuentes que el contorno todo alborotaban, de las cuales dijo Don Quijote:

—Tenéos, Señora un tanto mientras exploro y sé de la causa de tal ruido espantable.

Y al cabo conoció Don Quijote como era Sancho voceador por todas partes sin darse punto de reposo quien causaba los ruidos desusados; él llegaba trayéndose consigo al rucio y Rocinante. Y cercanos al fin amo y escudero, aquel dijo:

—Olvidádose há su merced lo que son voces en montes.

—No olvido, dijo Sancho; y bien se advierte como viene aquí agora olor de la aventura del rebuzno.

—Cesád pues en vuestros clamores, Sancho, donde silencios son necesarios hartos, dijo Don Quijote.

El cual al volver al sitio donde estuvo la señora, no encontró sino soledad, dolor y áun duelo; y así añadió:

—En mal hora os vino gana de rebuznos que rompieron aventuras y encantamientos inauditos.

—Dígera yo aquí en verso, replicó Sancho, lo que á este caso conviene y atañe y hizo un bachillerado en Salamanca.

Y como notase la indiferencia de Don Quijote, todo hundido á la sazón en sus meditaciones, sin mas preámbulo ni ruego ni licencia exclamó de esta manera.

En el mundo pecador
Casi cuantos nos hallamos
Pronto ó tarde rebuznamos
De placer ó de dolor:
Y luce mas y mejor
Quien testarudo en su anhelo
Rebuznos pone en el cielo
Tamaños que despeluzna,
Y en todo caso rebuzna
A pelo y á contra pelo.

Y déjenlo cual está,
Que, si Dios no lo remedia,
Sin rebuzno no hay comedia
Ni sin esta bueno vá.
Los hay en *do* como en *fa*,
Mas es rebuzno completo,
Y es este mejor secreto
Para dar el mayor salto
Rebuznar mas y mas alto
A rebuzno limpio y neto.

Don Quijote de la Mancha,

Que jamás ficiera en valde,
Rebuznar hizo á un alcalde
Y aun no sé si por revancha;
Mas el corazon se ensancha
Al son de tales autores
Que alcaldes y regidores
Ficieron tal rebuznar,
Y luego á todo el lugar
Y hasta los alrededores.

—¡Eso no! exclamó Don Quijote, que jamás fuí yo pretesto de desaguisados tales.

—Mas el bachiller salamanquino, dijo Sancho, ni supiera la aventura, ni élla hubiese sido estampada por el señor Berengenas sin el fundamento de las caballerías de su merced; y véase aquí como inocencias causen desaguisados; y tranquilizar se debe su merced por cuanto en esta aventura el asno perdido fuí yo, que no otro alguno; mas á gritos supe hallarme, digo, hallar á su merced, que por su parte perdido no era en verdad, sino muy bien hallado.

—Nada sabes de eso, ni en tus sueños dijo Don Quijote.

—Si sé ó no sé, es hondo asunto, repuso Sancho, mas moros andan por la costa, que no parecen estas selvas y montes amorosos sino mares de serenas y laberintos de sátiras que en escuadrones resbalan y vuelan como á bandadas.

—Esas serenas haz sirenas y cámbia el género á esas sátiras, Sancho; dijo Don Quijote; ni entres donde no puedas salir holgadamente. Y vamos ahora tras las huellas de estos pasos que al azár aparecen en este suelo.

Muy enhorabuena venido al estadio el elegante HERALDO DE CASTILLA en el nombre y en la estampa, y mil gratitudes por sus tantas finezas.

No conocemos página mas sublime de la Historia nacional que la que traza el honorable San Pedro de Cardeña, hácia la cual tenemos andado ya casi todo el camino, y decimos de esta manera porque el Campo de la verdad esta cerca, muy cerca del anciano monasterio. Cardeña debe ser una Escuela de Agricultura práctica y que acoja en sus cláustros la mayor parte de los jóvenes de la Casa de Beneficencia. A Cardeña deben volver los restos de Cid, hoy insepultos, cuando á nadie puede ni debe ser negada su última casa y habitacion de tierra. En Búrgos nació el Cid y yació en Cardeña; honrados castellanos, no volvais á su niñez al héroe sin se-

gundo. Y realizád la expedicion de que se ocupó nuestro número anterior fundadamente.

En la Iglesia de Santa Agueda y su archivo están los comprobantes de la pila en que el Cid fué bautizado y todavia existe. Que la Municipalidad envíe á su lector de letra antigua á la expresada parroquia con un archivero y que se aclare este importante asunto.

Una noticia corta. La declinacion de la aguja magnética en Búrgos es de veinte grados y treinta minutos hácia el Oeste.

Ha tiempo que se buscan en Búrgos aguas saludables; los que las quieran de extraordinaria pureza y el sabor mas agradable, y esto sin exageracion, ni pasion, ni otro torcido objeto, que beban de la fuente del patio llamado de los Mártires de San Pedro de Cardeña. Son preciosas aguas aunque frias.

Esperamos del nuevo Liceo importantes trabajos, especialmente en lo que toca á las Ciencias naturales, teniendo en cuenta, ya la utlidad de estos estudios, ya su novedad en Castilla la vieja, ó la necesidad de ellos para las artes como para la industria.

La actual Iglesia de Santa Águeda es la misma en que el Cid tomó el juramento al Rey Don Sancho de Castilla. Nos apresuramos á publicar el estudio que tenemos hecho de la preciosa parroquia con el objeto de que sea bien conocida y conservada. Si de aquí pasamos á procurar los medios mejores y mas económicos de componer el precioso monumento que en tan deplorable estado se encuentra, hallaremos que no hay otro sino el acudir al hierro que tan seguros y prontos resultados da en el dia para esta clase de trabajos. Los muros del templo no ofrecen la necesaria seguridad, los estribos no son sólidos como debieran, la bóveda, por consiguiente no halla su necesario apoyo, luego el problema es, unificar esa mampostería que se desconcierta, reforzar el cimientto, sin exageracion, recorrer el muro y establecer el tejado con cuidado y prevision. Además de que el hierro que se emplée para el objeto debe ser labrado de manera que embellezca en lugar de perturbar el carácter del monumento, y tan firmemente como bien ideado; con lo cual el viajero y el amante de las verdaderas glorias y del Arte castellano podrán ver dos cosas á la vez: la una la página sin igual de nuestra Historia; la otra la inteligencia y el ingenio del restaurador, que, triunfando de los obstáculos, supo construir un monumento moderno sobre el antiguo, tan celebrado en inmortales crónicas y en impercederos cantos del génio castellano.

Imp. de la viuda de Villanueva.